

LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATO

Quería alejarse de todo. Quería dejar atrás un pasado que no le enorgullecía. Quería olvidar.

El azar hizo que aquel domingo el juez Poveda tomara ese tren, idóneo como cualquier otro, en busca de otra vida, en otro lugar, sin pesadillas y sin remordimientos. Era un hombre público, que vivía atemorizado por la soledad. Tenía una reputación que mantener, pesada como una lápida que había acabado aplastándole, y perseguido por los fantasmas de antaño.

Junto a él, viajaba el doctor Antonio Forns, a quien acababa de conocer, y que intentaba, por todos los medios, entablar una conversación que no le apetecía en absoluto.

Sus pensamientos traspasaban el vidrio de la ventanilla, recordando una vez más lo que no quería recordar. Vio acercarse el carro a lo lejos. Circulaba demasiado rápido para frenar a tiempo de evitar ser arrollado en el paso a nivel; demasiado despacio para poderlo cruzar y salir ileso. ¡Dios, todo voló por los aires! Unos metros más adelante el tren se detuvo, dejando junto a las vías una alfombra de verduras maltrechas, de maderas destrozadas y de sangre.

El doctor fue el primero en ofrecer su auxilio:

— ¿Viene, Poveda? Algo habrá que podamos hacer.

Le pudo la curiosidad, como a tantos otros, y bajó para ser testigo de la suerte que habían corrido los pobres desgraciados del carro.

— ¿Lucas Poveda?

Solo fue un susurro, pero al escuchar su nombre se volvió y sus miradas se cruzaron. Eran dos mozos curtidos que, junto al vagón de tercera, fumaban un cigarrillo formando parte del macabro espectáculo. Sus fantasmas habían regresado.

No le cupo duda de quiénes eran y un sudor frío comenzó a empapar su cuerpo.

— Adelántese, Antonio. La sola idea de ver sangre me ha descompuesto. Regresaré al compartimento.

El doctor bajó precipitadamente sin prestar atención a los conocidos del viejo juez.

El resto de pasajeros habían dejado el tren, morbosos unos y necesitados otros. Tenían hambre de desgracia humana o de verduras desperdigadas en las vías. Fuera como fuese, nadie prestaba atención a nadie. Estaban solos, sin estarlo, y supo que su tiempo terminaba allí.

Recordó sus caras, en otro tiempo imberbes y atemorizadas, y la lujuria que provocaron en él trece años atrás; los mismos que llevaba huyendo de sí mismo; los mismos que ellos llevaban en busca y captura, supuestamente armados y peligrosos, acusados de robar una joven yegua preñada, delito que nunca cometieron. Su único delito fue ser inocentes en las garras de un hombre poderoso.

Recordó la boina encarnada metida en su boca y el pañuelo azul que sirvió de mordaza.

Recordó haber leído acerca del suicidio del otro joven, Manuel. Apenas recordaba su cara, cubierta por la pelliza de su capote.

—Hijo de mala madre, solo éramos unos críos.

Desde hacía más de dos lustros, sabía que regresarían a por él. Tal vez fuese mejor así: morir en lugar de huir.

No sabía qué momento sería el elegido, pero tenía la certeza de que su cuenta atrás había comenzado. El tren volvió a ponerse en marcha. ¿Por qué tardaba tanto en regresar el doctor? La agonía de la soledad le estaba matando, cuando los vio entrar en su compartimento vacío.

Pudo ver la ira en sus ojos al escuchar sus últimas palabras.

—Por ti, Manu.

—Por nosotros tres.

Que Rozas certificara su muerte como se le antojase. Él ya habría encontrado la paz.